

POLIN
(Ejercicio para cinco actores pobres)

Personajes

ISOLINA

POLÍN

GARRIGA [*este actor doblará en el papel del Dr. Poyatos*]

BADÍA [*este actor doblará en el papel de Chordi*]

BONAFE [*este actor doblará en el papel de Satanás*]

SATANÁS

CHORDI

DR. POYATOS

Se levanta el telón, si hay telón, y aparecen los cinco actores pobres que van a representar el drama. Como se indica en el reparto, son cuatro hombres y una mujer (la mujer no cesa de mascar chicle y hasta hace un globito). El director, o le que haga de director, los va presentando uno a uno, diciendo luego qué papel les ha asignado, hecho lo cual se marchan todos excepto aquellos que van a actuar inmediatamente. La escena puede estar desnuda, ya que entre pobres anda el juego; pero el autor agradecería mucho que hubiese cortinas negras o gris oscuro. Un gran calendario de bloque indica el 29 de noviembre, en un lugar bien visible. El actor que hace el papel de BONAFE, desde Palma de Mallorca, ha llamado al actor que hace de BADÍA, por teléfono. Una luz sobre cada personaje deberá crear la ilusión de la distancia.

Bonafé ¿Don Fausto Badía?
Badía Servidor (*Interrupción. Bonafé gesticula*) ¡No le oigo! (*Bonafé no ha dejado de gesticular*) ¡Que no le oigo!
Bonafé ... de la Telefónica!!
Badía Ahora le oigo. ¿Quién es usted?
Bonafé Iba a decírselo, pe... (*Otro lapso, en el que sólo se ve gesticular a Bonafé*) ...trañable de su hijo.
Badía Se oye muy mal. Sólo he podido entender "su hijo". ¿Se refiere al mía? (*Nueva interrupción*)
Bonafé ... Amigo de Polín.
Badía ¿Conque usted es amigo de Polín?
Bonafé ¡Su mejor amigo!
Badía ¡Ya! (*Y se dispone a colgar*)
Bonafé (*Como si le hubiera visto*) ¡No cuelgue, hombre! Antes debe saber que su hijo, el de usted, está bastante malo.
Badía ¡Bastante malo!... Todos estamos bastante malos, si vamos a averiguar. (*Otra interrupción*)
Bonafé ... bromear, señor Badía. Y, puesto que ha dado pie, se lo diré sin andarme por las ramas: Polín está enfermo de un tumor.
Badía ¿Enfermo de amor? ¡Quite allá y no sea cursi! (*Otra vez va a colgar*)
Bonafé ¡No cuelgue!... ¡He dicho tumor, y no amor! ¡Polín está bastante grave!
Badía ¡Oiga, oi... (*Interrupción*)... ted que está muy grave?
Bonafé ... ha oído! ¡Yo, señor mío, he cumplido con mi deber! ¡Usted sabrá cuál es el suyo! (*Va a colgar*)
Badía ¡No cuelgue!... Deme su nombre y sus señas... Naturalmente que las de usted... (*Tomando nota*)... tolomé... Bonafé...

Va oscureciéndose la luz en el personaje BONAFE, hasta que éste desaparece. El calendario, 30 de noviembre. BADIA, sentado ante la mesa de su despacho (de esta mesa se hará el más variado uso a lo largo de la representación), y, en el canapé (que se habrá colocado convenientemente), POLICARPO GARRIGA, cuñado de BADIA. Están bebiendo coñac. A BADIA se le ve muy afectado.

Badía ... me dijo sus señas y colgó enseguida, sin disimular su enfado. Pero hoy ha vuelto a llamar. Es posible que sea un buen amigo. *(Garriga se levanta y toma entre las suyas una mano de Badía. Éste rompe en un sollozo. Pausita)*

Garriga ¿Y Polín? *(Sollozos de Badía)* ¿Muerto? *(Badía deniega)* ¿Muy grave entonces? *(Badía afirma. Pausa)* ¿Tuene usted ya el pasaje?

Badía No.

Garriga Pues hay que encargarlo. Vístase enseguida.

Badía ¿Va usted a acompañarme? Se lo agradecería.

Garriga Lo haría con mucho gusto, pero no me es posible. ¡Vamos, vístase usted! Entretanto, yo llamo al aeropuerto. *(Empuja afuera a su cuñado y luego toma el teléfono y marca un número)*

Se oscurece la escena. Cuando vuelve a encenderse (14 de diciembre marca el calendario), vemos a los mismos personajes. BADÍA de luto riguroso, GARRIGA sólo con brazalete y corbata negros. Beben coñac.

Badía *(Que estaba mirando a la puerta)* Ahora que ha salido la muchacha, podremos charlar tranquilamente. *(Garriga refrena un eructo)* Usted, Garriga, que es abogado, sabe mejor que yo cuál es la situación, desde el punto de vista jurídico.

Garriga *(Luego de despuntar un puro con los dientes)* El hijo de mi hermana... y de usted, ha muerto sin descendencia. Según el artículo 811 del Código, usted y yo somos los herederos... si es que no despilfarró su fortunita.

Badía O la ha legado en parte a cierta persona... Usted ya sabe. *(Se saca una carta del bolsillo)*

Garriga Este es un extremo que hay que poner en claro.

Badía Desde luego. Y, aun suponiendo que estuviese intacta la herencia de mi hijo, y hubiese muerto sin testar, ¿cómo deshacernos de su querida? *(Vacían sus copas de un golpe)* Esto si ella no trata de hacernos chantaje, amenazándonos con un escándalo.

Garriga No podemos descartar esa posibilidad. Pero yo ya tengo elaborado mi plan.

Badía ¿De defensa o de ataque?

Garriga Digamos mixto. Procederemos según convenga la cosa. De cualquier forma, pienso deshacerme de la lagarta por poco dinero.

Badía ¿Qué entiende usted por poco dinero?

Garriga Hum... Cinco mil dures, tirando por alto.

Badía ¿Sin contar los muebles?

Garriga Por supuesto.

Badía ¿Ni el coche?

Garriga Ni el coche.

Badía ¡Estupendo! *(Escancia en las copas)* Oiga: ¿y si heredásemos deudas? *(Chupetean en sus copas)*

Se atenúa la luz. Los dos cuñados siguen hablando, pero en mimo. De la penumbra brota SATANÁS, con un gran reloj de cartón en la mano.

Satanás *(Volteando una saeta)* Llevan hablando media hora. Y ha bajado el

nivel de la botella. Ese coñac está ahora en sus cabezas. *(Se retira)*
(Después de una libación) ¡Inmejorable!

Badía Desde luego. Un plan el suyo muy inteligente.

Garriga Digo el coñac.

Badía Sí; ya van quedando pocos como éste.

Garriga Las soleras van a menos cada día, como pasa con los santos.

Badía Y con las vírgenes. *(Sueltan una carcajada bárbara)*

Garriga *(Levantándose)* En fin, yo ya tengo hecha mi composición de lugar.

Badía *(Meditando qué importante debe ser eso)* Su composición de lugar...

Garriga Saldré enseguida para Palma. Pero, como nunca están de sobra las precauciones, antes recapitulemos.

Badía Sí, recapitulemos.

Garriga ¡Ejem!

Badía ¡Ejem!

Garriga *(Molesto)* Usted no hace más que repetirme.

Badía Es que le envidio, Garriga. Y le admiro en el fondo. Desde siempre.

Garriga En el fondo y en la forma.

Badía Bien. No me importa parecerme a usted.

Garriga No se haga ilusiones, Badía.

Badía Usted nunca me ha tratado bien.

Garriga Ni bien ni mal. Me he limitado a marcarle las distancias. *(Pausita. Transición)* Veamos esa carta. *(Badía se la entrega)* La verdad es que sabemos muy poco de esa... ¿le parece bien que diga fulana?

Badía Me parece lo más correcto.

Garriga Digamos lo más adecuado. *(Bebe, y Badía también)* Ignoramos aún en qué circunstancias se conocieron Polín y esa socia, ni cómo Polín pudo enamorarse de una persona que, a juzgar por la letra y el estilo de su carta, carece de la más elemental educación. ¡Mire usted qué letras! ¡Parecen insectos!... Y estos reglones, espaciados, con tendencia ascendente a la derecha. ¡Y de las faltas no digamos! *(Haciendo hociquillo de suficiencia)* Mi consejo es que no conteste usted a esta carta.

Badía No la contestaré.

Garriga Hará usted muy bien, pues –aparte de que mi viaje hace innecesario el que usted gaste en un sello– su grafología revela un carácter desahogado y despilfarrador.

Badía Eso será, si usted lo dice. *(Garriga bebe, y Badía también)*

Garriga ¿Qué más sabe usted de esa sujeta?

Badía Ya le he dicho. Cuando ese... *(Saca la tarjeta y la mira)* Bonafé insistió en que mi hijo estaba muy grave, tomé el avión y allá me encontré a la chica pegada a la cabecera de su cama.

Se oscurece la escena y se alumbra una cama, en el lugar que convenga. En la cama se ve tendido a POLÍN, e ISOLINA sentada a la cabecera. BADÍA está hablando con el DOCTOR POYATOS. A este personaje puede doblarlo el actor que hace de GARRIGA. El calendario señala el 30 de noviembre.

Badía ¿Está muy grave?

Doctor Se ha quedado ciego.

Polín *(Con un hilito de voz)* Pero no sordo. *(Isolina solloza)*

Doctor *(A Polín)* Usted, procure descansar.

Badía (Por Isolina) ¿Es la enfermera? (Silencio. Solo se siente a Isolina) ¿Y su uniforme? (Crece el tono de los sollozos) No creí que fueran tan emotivas. (Directamente, a Isolina) Oiga: ¿siempre llora usted así cuando está de servicio?

Polín ¿Por qué no la deja en paz?

Badía Tanta pena me pone mosca, ¡palabra! (Al médico) No es ninguna enfermera, ¿verdad? (Silencio) ¿Quién es, entonces? (A Isolina) ¡Usted lo siente demasiado para ser una profesional!

Doctor ¡Sch...! No grite. (Le indica una cartela que lo prohíbe. Isolina sale apresuradamente)

Badía Lo lamento. (A su hijo) Es tu novia, ¿verdad? (Regresa Isolina vestida con una bata blanca) ¿Y qué hace aquí esta foto de la enfermera? (Haciéndose el andana) ¡Ah!

Polín ¿Qué hace, doctor, esta foto? (El doctor se encoge de hombros) ¡Y dedicada! (Leyendo) A mi amor... (Isolina le arrebató la foto) ¡No les creo una palabra! ¡Todos ustedes son unos farsantes!

Polín (Contumaz) ¡Es la enfermera!

Badía ¡Tan enfermera es ella como tu bisabuela!

Polín (Rabiosillo) ¡Es la enfermera, es la enfermera...!

Doctor Le ruego, señor Badía, y si es menester se lo ordeno, que no contradiga al enfermo. ¿A usted qué más le da? (Empujándole hacia afuera, pero sin acritud ni violencia) Es mejor que dé por finalizada esta visita. (Badía sale de allí refunfuñando, acompañado por el médico. Isolina, libre ya de testigos, se abalanza sobre Polín y le cubre de besos)

Se apaga la luz sobre esta escena, una luz azulada algo irreal. Se enciende ahora sobre la mesa y el canapé, que figura la casa de BADÍA. El calendario marca el 14 de diciembre. La luz sorprende bebiendo a los dos cuñados.

Badía Ni que decir tiene, yo no me tragué la píldora; pero por no contrariar a mi hijo... Al día siguiente, viendo que no se moría, decidí regresar. Ya sabe usted, los directores de empresa... A un productor no se le puede dejar solo: enseguida deja de producir. (Pausita y suspiro) ¡Hasta que el 5 de diciembre... (Abate la cabeza)

Garriga ¿Y por qué no me avisó usted? ¡Era mi sobrino!

Badía Como usted y yo nunca nos habíamos llevado demasiado bien...

Garriga ¡Pero a la hora de la muerte...! (Volviendo al tema de Isolina) ¿Y dice usted que no volvió a verla?

Badía (Que está como abstraído) ¿A verla? ¡Ah! Ni a verla ni a oír una palabra de ella. La verdad es que ya la había olvidado. . Cuando él... murió (Un conato de sollozo), se pegó como una lapa al ataúd, y no había manera de arrancarla... Y desde el avión, yo la veía luego, allá abajo, revolcándose en el suelo, más chiquita cada vez... Y, créeme, no vaya V. a reírse, que me pareció oír en aquel momento cómo el cuerpo de Polín golpeaba en las tablas del ataúd. (Pausita. Se suena las narices) Después, con el trajín del funeral...

Garriga Comprendo.

Badía (Tomando la carta de la mesa y agitándola) ¡Hasta hoy! (Exaltándose) ¡Para decirme que está preñada! ¡Preñada!

Garriga (Quitándole la carta y guardándose) Baje usted la voz. Puede oírle la criada.

Badía Perdóneme el arrebato, pero creo que tengo motivo.

Garriga Ese motivo lo comparto con usted.

Badía ¡Ah! Pero es que, encima, la niña pide dinero... ¡Dinero! ¿Sabe usted? (*Sibilino*) ¡Je! ¿Me entiende ya?

Garriga ¡Je!

Badía ¿Se ha percatado usted, querido Policarpo? ¡Encinta y dinero por favor!

Garriga Sí, eso tiene un tufillo de chantage que... ya, ya... (*Transición*) ¿Y qué tal? Como mujer, se entiende.

Badía ¡Oh! Alta, guapa, morena, grandes ojos, pequeña boca...

Garriga No siga usted.

Badía Poco habladora, aire sumiso... (Bebe un sorbito) Pro, a pesar de su apariencia ingenua, me temo resulte un hueso bastante duro.

Garriga ¡Bah! Tranquilícese. Yo soy más hueso todavía. (*Ríen*)

Badía No es necesario que lo diga.

Garriga Mire, Badía: si no olvidamos nuestros antiguos resquemores...

Badía Bien. ¿Cuándo piensa regresar usted?

Garriga ¿De Palma? ¡Quién sabe! El hombre propone...

Badía A ver si va a costar la guedeja más que la oveja. (*Garriga ríe*) Sí, sí... Que a usted le gusta la vida regalona.

Garriga Pero, Badía, ¿cuándo dejará usted de ser un fenicio? Es justo que un abogado que viaja cobre luego sus dietas.

Badía Mire, Garriga, que yo temo mucho a sus dietas. (*Ríe el abogado*)

Garriga (*Después de un sorbito*) En este caso no habrá dietas.

Badía (*Asombradísimo*) ¡Pero, Garriga...!

Garriga Ni dietas ni honorarios. (*Badía no sale de su asombro*) Esta causa es tan mía como suya.

Badía (*Abrazándole, enternecido*) ¡Garriga!

Garriga Ahora bien, ¡eso sí!, cuando todo esté resuelto, me ha de obsequiar usted con una caja de botellas de este coñac.

Badía ¡Que una caja de estas botellas vale un riñón!

Garriga Eso es cosa suya, Badía. ¿Acepta?

Badía ¡Qué remedio! (*Ríen, divertidillos. Badía toma una foto de Polín que hay encima de la mesa*) ¡Ay, tonto, tonto...! ¡Dejarte enganchar por la primera que pasó con un anzuelo!

Garriga ¿Por qué se extraña usted? Es lo que ocurre con los introvertidos. Son seres imaginativos, por lo general, y pocos acaban bien. (*Se levanta y toma sus prendas*) Se tropiezan un día con una cualquiera y piensan que han encontrado a la mujer de sus sueños. ¡Y ya van arreglados! Pues Polín no era de esos que se dejan manejar así como así. (*Ayuda a Garriga a colocarse el abrigo*)

Garriga Quizá por usted no se dejase. Pero con una mujer...

Badía ¡Menos!

Garriga ¡Usted qué sabe! ¿Es que estaba usted en el pellejo de su hijo? ¡Claro que sí se dejaría manejar! ¡Y se dejó, de hecho! ¿Es que a usted no lo hacían bailar de coronilla las mujeres? (*Badía gruñe*) ¡Si fuese usted capaz de recordar sus buenos años!

Badía ¡Como que sí soy capaz! ¿Es que sólo V. tiene cerebro?

Garriga Entonces, si hace usted memoria, recordará qué fácilmente nos levantaba el casco cualquier revuelo de faldas.

Badía Y aún hoy, Garriga, y aún hoy...

Garriga No; si yo sólo ponía en duda su memoria. (*Pinchándole con un dedo en*

Badía *(la barriga)* ¡Que ya sé que es usted un perillán!
 (Orgullosito) Bueno, yo... En fin, se hace lo que se puede. Como usted.
 (Cambiando de tono) Bien. Digamos que hasta nuestro matrimonio hicimos lo que cada quisque. Pero, a pesar de nuestra juventud, no fuimos tan memos que nos dejásemos pescar.

Garriga Y menos para caer en el más despreciable concubinato. *(Badía queda admirado, con la boca en "O")* ¿Está de acuerdo?

Badía ¡Absolutamente! *(Garriga apura de un golpe su copa)* ¿Quiere que le lleve a su casa?

Garriga No se moleste. Dejaré que el aire me despeje la cabeza.

Badía *(Dándole el sombrero)* Mejor con el sombrero puesto.

Garriga ¿Me ha dado usted la carta? *(Se la palpa en el bolsillo)* La llevo, la llevo... ¡Je! Antes de volar quisiera dar un repasito al asunto. Si vis pácem para béllum.

Badía *(Admiradísimo)* ¡Oh!

Garriga Hasta la vista.

Badía Buen viaje.

Se apaga la luz. Los sacachismes, entretanto, habrán sacado y puesto en el lugar conveniente, una escribanía, mueble siglo diecinueve, que, de momento, permanecerá en penumbra. Figura la casa de ISOLINA. La luz alumbra un canapé, sobre el que está ISOLINA, muy triste, sumida en la contemplación de una fotografía de POLÍN. El calendario: 15 de diciembre. Un momento después, aparece, en lo que nos figuramos la puerta, DON POLICARPO GARRIDA, acompañado de un hombre raro: CHORDI, el jardinero. Éste toca con los nudillos, señala el interior y se retira. ISOLINA se pone en pie.

Garriga *(Quitándose el sombrero)* ¿Puedo entrar? *(Entra sin aguardar la respuesta)* Soy Policarpo Garriga. ¿No le dice nada mi nombre?

Isolina ¡Dios mío!

Garriga Por él habrá deducido –y no es manco el favor que la hago suponiéndola capaz de deducir– que soy el tío de Polín. *(Isolina afirma con la mirada baja)* ¡Je! También yo me llamaba Polín a los veinte. *(Isolina le invita a sentarse con un gesto, pero Garriga se ocupa en husmear mientras habla)* ¡Ejem! Bien... Como coheredero de mi cuñado Fausto Badía, padre de quien usted sabe... *(Por la escribanía)* Un bonito buró, ¿eh?... Bueno, he venido principalmente a inventariar los enseres y papeles que ha dejado mi sobrino.

Isolina Pero, usted...

Garriga *(Sacándose un papel)* ¿Se refiere a esto? Excuso decirle que yo no estaría aquí de no ser, además de cuñado, su mandatario. *(Guarda el papel)* ¿Tiene algo que objetar? *(Isolina calla)* No sabe qué es objetar, ¿verdad?

Isolina Yo no... digo sí... Pero...

Garriga ¿Pero qué? *(Isolina se encoge, acobardada)* Es mejor que no me ponga inconvenientes.

Isolina Yo no le... *(Indicando la escribanía)* Revuelva en esos cajones.

Garriga Puedo hacerlo con todo derecho. Ya vio mis credenciales.

Isolina No hacía falta.

Garriga ¿Por qué dice eso? *(Isolina calla)* Se ve que mi sobrino no le habló de

mi.

GARRIGA se quita las antiparras y se las limpia con un papel de fumar, que tira luego al suelo. ISOLINA se apresura a recogerlo. El hombre mira fijamente a la moza, que baja la vista. Luego, GARRIGA, se dirige a la escribanía y la toca y la mira con ojos periciales.

Garriga Hermoso mueble... Teca, época Regencia. Como verá, soy un experto.
Isolina Lo compramos a un chamarilero.
Garriga ¿Lo compramos? ¿Con qué dinero? ¿Con el de usted? (*Las palabras son duras e Isolina hace pucheros*) ¡Está bien! (*Tendiéndole una mano*)
¿Me quiere dar la llave? (*Isolina saca la llave de un albarelo¹ que hay sobre la escribanía*)
Isolina La llave. (*Garriga la toma y abre el buró*) Ahí está todo.
Garriga (*Escéptico*) ¿Seguro? (*Vuelve a meter la llave en el albarelo, fijándose luego en esta pieza*)
Isolina (*Tímidamente*) Siglo dieciocho.
Garriga ¡Qué sabe usted de siglos! ¡Diecinueve y bien corrido!
Isolina Pues, Polín decía...
Garriga Para usted, todo lo que decía ese tonto era artículo de fe. ¡Bien se ve que su seguridad dependía de mi sobrino! (*Toma la foto de Polín, Plantada en el veladorcito frente al canapé*) “A Isolina, con todo el cariño de su...” ¡Infeliz! (*Reflexionando*) ¡Cariño! ¡Je! ¿Qué es cariño? ¿Amor? ¿Más que amor? ¿Menos que amor? ¿El lado tranquilo del amor? De cualquier forma, un concepto mutilado; o, al menos, con evidentes traumas... (*Isolina le está observando perpleja*) ¡Eras un esmirriado hasta para amar! A tu edad yo decía: “Apasionadamente”. Así era yo. Apasionadamente, o nada. Tal vez nada. El amor es algo con lo que hay que andarse con cuidado. (*Señalando el vientre de Isolina*) ¿No piensa usted que tengo razón? (*Ella no le contesta*) En todos sus aspectos, particularmente en los que aparenta mayor inocencia, el amor es muy peligroso. Y sucede como en religión: un desliz, y se cae en la herejía. (*Isolina, de pronto, arrebatada a Garriga la foto de Polín, y se retira con ella al canapé, llevándola muy apretada contra su pecho*)

Se apaga la luz sobre el canapé y se enciende la de la escribanía. GARRIGA rebusca; halla un gorrito carnavalesco y un matasuegras; y, al final, unos cuantos caramelos. POLÍN, como desprendiéndose de su marco, va a ponerse detrás de GARRIGA, observándole. En otro cajón el viejo encuentra unas cartas.

Garriga (*Abriendo un paquete*) ¡Vaya! Cartitas de amor. ¡Je! Te quiero... Más te quiero... Y otra vez te quiero... Poco pan y mucho te quiero. (*Encuentra otro paquete de cartas*) ¡Más cartas! Te quiero, te quiero, te quiero... ¡venga de gastar bolígrafo! (*Volviéndose a su sobrino, como si lo hubiera presentado*) Yo no sé cómo pudiste ser dichoso, ya que de las cartas derivan las desdichas amorosas.

Polín Eso lo ha leído usted en el diccionario de Pitigrilli.

Garriga Sí. Y también que escribir cartas es la mejor manera de perder el

¹ El diccionario de la RAE registra: Albarelo

tiempo. ¡Y no digo, si son cartas de amor! (*Polín calla*) Pero lo malo no es que hayas escrito del amor, sino que lo hayas sentido. Porque se cometen muchos errores de buena fe. Y el amor no excluye el error.

Polín Por errores de amor no se condena el alma.

Garriga ¡Que te crees tú eso! De errores amorosos y buenos propósitos, están empedrados los infiernos. ¡Te lo digo yo!

Polín Así será, porque usted es el mismísimo demonio. (*Satanás asoma la cabeza por encima del buró. Puede doblarlo Bonafé*)

Garriga Creo que no me has comprendido. ¿Si yo no niego el amor! ¡Si yo mismo soy un beato del amor! Lo que ocurre es que no creo en el primero y único amor, porque lo considero incontrastado. Habría que experimentar varios amores, a ser posible simultáneamente, para discernir cuál es el mejor de todos. (*Mete los paquetes en su cajón*)

Polín No está bien que lea usted mi correspondencia privada.

Garriga (*Desenvolviendo un caramelo*) ¿Vas a impedírmelo?

Polín Son cartas para Isolina. (*Garriga vacila si se comerá el caramelo*) Eso sí: puede comerse mis pastillas de café con leche, si es que no le dan asco. (*Garriga se lleva a la boca el caramelo*)

Garriga (*Sacando una cuartilla del cajón*) ¡Versos!

Polín ¡Deme usted eso!

Garriga (*Parodiando a Ángel Zapata*)
Dolor, que me haces volver
el ojo agudo del alma
a mi... (*Zarpazo de Polín y esguince de Garriga*)
... a mi existencia anterior...

Polín (*Dando otro zarpazo*) ¡Que me lo dé, leñe!

Garriga ... olvidada en... (*Zarpazo certero de Polín y el papel se parte en dos*) ¡Suelta, rediez!

Polín ¡Mire lo que ha hecho!

Garriga (*Leyendo en su pedazo*) Olvidada en... (*Mira en el reverso*) ¿Olvidada en qué? ¿O dónde?

POLÍN ha desaparecido, GARRIGA se encoge de hombros y toma un libro de un cajón. Lee: "Fitogenética". Deja este libro en su sitio y toma otro. Lee: "El jardinero en casa". Dentro de este libro hay dos claveles secos, que don Policarpo echa a la papelera. Encuentra más caramelos, que se guarda en un bolsillo. Y al final, saca un cuadernito, que hojea, y luego mira con interés. Se vuelve a ISOLINA y le dice:

Garriga ¿Usted sabía que Polín tenía aficiones literarias? (*Isolina está abstraída*) ¡Oiga!

Isolina ¿Decía...?

Garriga Quisiera que no me molestasen ahora.

Polín (*Un poco divertido*) ¡Je! Mi tío ha encontrado lo que yo llamaba mi diario íntimo. ¡Qué imbécil era yo en la vida! Lástima que la lucidez venga a nosotros con la muerte.

Se apaga la luz del buró y se enciende la del canapé. ISOLINA deja la foto sobre el velador. Con una mano se detecta el vientre, ligeramente abombado. POLÍN brota de la penumbra y se acerca a ISOLINA.

Polín Vive, ¿verdad?

Isolina Sí. Yo soy la que no vive.

Polín Pues, hija, tienes que vivir.

Isolina ¡Ya para qué!

Polín Para que viva él

Isolina ¿Y qué le espera?

Polín Eso no nos incumbe a nosotros.

Isolina ¿Pues a quién si no?

Polín *(Sentándose a su lado y acariciándola)* Tranquilízate. Yo siempre estaré a vuestro lado.

Isolina ¡Tú nada puedes hacer! ¡Que me tranquilice! ¿Cómo voy a quedarme tranquila? *(Señalando a Garriga)* ¡No conoce la piedad!

Polín Es un desgraciado. *(Isolina hace un gesto de escepticismo)* Lo que no conoce es el amor. Y no porque no sea capaz de amar. Es que nunca se ha tomado la molestia de buscarlo. Mi tío, como todos los que piensan que el amor es un ave rara, sospechan que buscándolo perderían el tiempo. Es una pobre gente que vive en el engaño de una leyenda negra: la de que el amor no existe. ¿Existe?

Isolina ¡Existe! *(Se queda pensativa)*

Polín Te has quedado muy callada.

Isolina No es que quiera reprochártelo, pero debiste haber pensado en tu hijo. *(Se mete un chicle en la boca)*

Polín No era fácil pensar con un tumor dentro de la cabeza. *(Tomándola una mano)* Estoy tranquilo, sin embargo, porque me consta que puedes salir adelante. Lo malo es que ese chiquitín tendrá que prescindir del nombre de su padre.

Isolina ¡Tiene el de su madre, y a mucha honra!

Polín Sin exaltase, hija.

Isolina *(Abrazándose al cuello de Polín)* Yo me hubiera casado contigo in artículo mortis. Pero no podía creer que te estabas muriendo tan aprisa. Ni tú mismo lo creías, ¿verdad? *(Isolina hincha un globito)*

Polín Era difícil creer nada en mis circunstancias. Simplemente, me dolía la cabeza. Cuando me percaté de que había que arreglar lo nuestro, ya no tenía lengua ni ojos. Sólo oído para oírte llorar, y piel para sentir tus manos y tus labios. *(Estalla el globito. A Isolina le sobreviene una crisis de llanto y se abate a lo largo del canapé, convulsionada. Polín, no pudiendo hacer otra cosa, vuelve a la penumbra)*

Don Policarpo GARRIGA, se levanta, se acerca a ISOLINA y carraspea. La muchacha levanta la cabeza y se seca los ojos.

Garriga Dígame. ¿Cómo conoció a mi sobrino?

Isolina Yo era enfermera y...

Garriga ¡Miente! Yo no digo que usted no lo soñara cuando niña. *(Isolina baja la cabeza)* Vamos, dígame la verdad.

Isolina Yo era doncella en el Hotel Arcadia.

Garriga Doncella... de profesión, claro

Isolina ¿Qué insinúa?

Garriga Según tengo entendido, usted cuidaba de mi sobrino.

Isolina Sí, soy enfermera.

Garriga *(Irritado)* ¡En qué quedamos! *(Silencio)* Bien. Usted cuidó a Polín. Usted

es enfermera. ¡Enséñeme la credencial!
Polín *(Apareciendo en plan paladín)* ¡Ella no tiene por qué rendirle cuentas!
Garriga ¡Ella no me importa! ¡Tú, sí! ¡Necesito conocer algo de tu vida!
Polín Ganas de fastidiar y de perder el tiempo, porque mi vida ya no puede remediarse.
Garriga Te creía... ¿cómo diría yo? Menos positivista.
Polín Usted siempre se ha equivocado conmigo. Tanto como mi padre.
Garriga Pusimos en ti muchas esperanzas.
Polín La esperanza está en razón directa de la fantasía.
Garriga ¡Qué frase, señores!
Polín Bien. Voy a decirle cómo nos conocimos.
Garriga Y... ¿me dirás la verdad? *(Polín afirma)* ¿Nada más que la verdad?

Se apaga la luz del canapé y se ilumina la cama. POLÍN se mete entre las sábanas, mientras su tío se pone la bata blanca de médico, doblando el papel de DOCTOR. POLÍN permanece un momento sin sentido; luego abre los ojos y gime.

Polín ¿Dónde estoy?
Doctor En la sala del doctor Poyatos. Yo soy el doctor Poyatos.
Polín También tiene usted un nombre...
Doctor ¡Ah! Pues si usted supiera cómo le apellidan a mi colega de obstetricia...
Polín ¿Cómo?
Doctor Jódar. *(Y agrega, señalando a Isolina)* Y esta joven es una de mis enfermeras, La mejor de todas.
Polín ¡Qué mona! Sí será la mejor, sí...
Doctor No se excite.
Polín Estoy muy malo, ¿verdad, doctor? *(Isolina hace estallar otro globito)*
Doctor Sí, pero pronto se pondrá usted bueno. *(Le da unas palmaditas y le deja solo con Isolina. Ésta, con la objetividad de una enfermera, le coloca un termómetro en la boca)*
Polín *(A Garriga, que ya se ha quitado la bata)* Así conocí a Isolina.
Garriga Mentira.
Polín Por mi salud.
Garriga ¿Y qué vale ya tu salud, desgraciado? *(Sacando el cuaderno del bolsillo)*
He encontrado tus memorias.
Polín ¿Mis qué?
Garriga Tu diario, o lo que sea.
Polín Yo nunca he perdido el tiempo con esas majaderías.
Garriga Entonces... *(Polín se ríe del desconcierto de Garriga)* Son muchas las contradicciones. Una versión de tantas debe ser verdadera. En la del Hospital me has estado mintiendo. *(Abre el cuaderno)* Aquí hablas de una joven en la intimidad de tu cuarto, una chica que nombras con la inicial I. ¿No será Isolina?
Polín *(Incorporándose en la cama)* ¡Deme usted ese cuaderno!
Garriga Mucho te duele. Ya es seguro, pues, que éste es tu diario íntimo *(Polín va a saltar de la cama. Garriga se lo impide)* Recuerda que eres un enfermo grave, has perdido el sentido de la orientación y no debes moverte. Y, si me cansas, añadiré que eres un enfermo desahuciado. *(Tremendo silencio. Garriga mira una hoja del cuaderno)* Aquí hay escrito que estabas acostado en la habitación 19 del Hotel Arcadia.

Polín Calumnias.

Garriga Era el siete de Julio. (*Pone en esa fecha el calendario*) Y no añadas que San Fermín, porque te rompo el alma.

Polín Tiene usted mucha fantasía.

Garriga (*Poniéndole el cuaderno en las narices*) ¡Mira si la letra es tuya! (*Polín calla*) La prueba es contundente. (*Polín, entretanto, ha ido cambiándose el camisón de enfermo por un pijama*) ¿Dónde estábamos? ¡Ah, sí! En la habitación 19 del Hotel Arcadia. Son las once de la mañana. (*Satanás pone en esa hora su reloj de cartón*) Te despiertas, llamas pidiendo el desayuno, te levantas, despasas el cerrojo y te diriges al baño. (*Polín va haciendo todo lo que se indica. También se producen todos los efectos que acompañan a la acción: suena la descarga del closet, el canturreo de Polín y la llamada de Isolina a la puerta. Polín no oye los golpes e Isolina insiste. Isolina interviene en esta escena vestida de doncella*) Es Isolina, una criada. Isolina, que oye la descarga del closet desde el otro lado de la puerta, y piensa que es una lástima que un joven tan apuesto tenga que usar el wáter. Isolina, que sigue llamando.

Isolina (*Entrando en la farsa*) ¡Señorito!

Garriga Nadie le responde, y ella repite...

Isolina ¡Señorito!

Garriga ... con la voz más armoniosa del mundo.

Polín ¡Bah!

Garriga ¡Aquí lo dice! Ella empuja la puerta, entra, y entonces sales tú del aseo con la boca llena de espuma clorofilada. (*Polín ha cambiado el pijama por una bata de seda*) Al verte así, la chica no puede contener la risa, y tú, rojo de vergüenza, corres a lavarte la boca. Mientras tanto, Isolina ha entrado una de esos chismes con ruedas que llaman camareras y procede a servirte el café. (*Isolina mima lo que se expresa*)

Isolina ¿Dos terrones, señorito?

Polín Sí, dos terrones. ¿Cómo lo sabe?

Isolina ¡Huy! Sé muchas cosas de usted.

Garriga Aquello te intrigó, y entonces te fijaste en ella por primera vez. Luego, empezaste a ingurgitar tu taza de café.

Polín (*Protestando*) ¡Ingurgitar! ¡Yo nunca haría una cosa tan ridícula!

Garriga Pues aquí lo dice. E hiciste que ésta se midiese otra taza. Y, mientras ingurgitabais vuestros cafés, no cesabais de miraros a los ojos.

Isolina (*Hace como que ofrece a Polín una pasta*) ¿Ensamada?

Polín (*Tomando la pasta*) Es usted maravillosa. ¿Cómo lo sabía? (*Ella sonríe*) No es que las ensaimadas sean cosa del otro jueves, pero es que soy muy patriota. (*Muerde*) ¿Quiere?

Isolina ¡Oh, no! A mí me gusta más el cruasán. (*Hincha un globo*)

Polín ¡Traidorzuela! (*La amenaza cariñosamente con el dedo, y en ese momento Isolina revienta el globo*)

Garriga Y, al decir traidorzuela, le pellizcaste la mejilla. Era la primera vez que entrabas en contacto con la piel de Isolina.

Polín En cuanto al pellizco, de acuerdo. Pero... ¿está usted de seguro que dije traidorzuela?

Garriga Segurísimo. Tú mismo lo anotaste.

Polín No crea demasiado en esas notas. En rigor, no es ningún diario. La verdad y la fantasía está ahí mezcladas, que ni yo mismo podría distinguir. Ya sabe usted cómo es la creación literaria.

Garriga No lo sé. Ni comprendo tampoco por qué tuviste que estudiar Derecho. Ahora veo la utilidad de los tests escolares.

Polín Mi padre quería que yo fuese abogado, como usted, y usted le animaba.

Garriga El apellido Garriga está vinculado al Derecho tanto como la uña a la carne, Mi padre, mi abuelo...

Polín Pero era a usted, precisamente, a quien mi padre deseaba epatar, valga el galicismo.

Garriga Pero de eso a forzarte...

Polín Cuando empecé, mis ilusiones estaban intactas. Y luego...

Garriga El daño, hijo, no lo causan las ilusiones, sino la falta de vocación. Y ni siquiera es posible que madure una vocación si no se cultiva. (*Isolina trata de inflar otro globo*)

Polín ¿Cómo se puede cultivar a gusto un oficio vilipendiado?

Garriga No es culpa de una profesión si se la aprecia desde puntos de vista inadecuados. (*Doliéndose de una vieja herida*) Ni tampoco es culpa de un funcionario la veleidad política. El actual gobierno aún está dudando si readmitir algunos jueces que fuimos separados forzosamente de nuestros cargos. Las Cortes, que son la representación del pueblo, le han dicho al gobierno que el sueldo de los separados no supondría más que el chocolate del loro. Quiera Dios que eso se resuelva pronto, aunque yo ya no podría ser el gran juez que me soñaba. (*En mitad de una pausa cargada de gravedad, Isolina hace estallar su globito*) ¡Basta ya d globitos, leñe!

Polín ¡No le grite usted, carajo!

Garriga Lo que es de mí no aprendiste esa expresión.

Polín De usted he aprendido peores cosas.

Garriga Por ejemplo...

Polín Ver luchar a los demás y quedarse en la orilla.

Garriga Es lo propio de un hombre que vive solo. En cuanto a ti, tú mismo te complicaste la vida. (*Y señala a Isolina con la barbilla*) Tontamente, porque, tú lo sabes muy bien, nunca pudisteis identificaros: ¡os separaba la barrera de la crianza! (*Una pausa. La mirada de los dos hombres se centra en la boca de Isolina, que masca chicle*)

Polín Puede que tenga usted razón. Perdóneme usted.

Garriga Todo se perdona a los muertos. (*Hojea el cuaderno*)

Polín Le sugiero que guarde ese cuaderno.

Garriga Por aquí hablabas de una segunda entrevista

Polín ¿Por qué desfigura las cosas? No hubo entrevista después, usted lo sabe.

Garriga Os encontrasteis, pero con un evidente designio de pecar.

Polín ¿Pecar? ¡Pero, tío...!

Garriga Bien, pecar o gozar, no importa para el caso. (*A Isolina*) Y usted, váyase a suspirar a su canapé, que este mozalbeta y yo tenemos que aclarar algunos puntos. (*Isolina obedece*)

Polín No hay nada que aclarar. Prefiero, si me lo permite, volver a mi marco.

Garriga Pues no; no te lo permito.

Polín Me quedaré. Pero no piense que va a violentarme ni hacerme temblar, por mucho que usted suene las Pandectas, esa especie de castañuelas. Yo no soy uno de aquellos desgraciados que usted juzgaba lleno de pasión. Con un muerto no valen las violencias ni los refinamientos legales.

Garriga Era mi seguridad contra la vida de unos desconocidos.
 Polín ¡Sus semejantes!
 Garriga ¿De qué? Si les hubiera juzgado con benevolencia, yo no estaría aquí. A un juez, entonces, se le fiscalizaba.
 Polín ¡Cuentos!
 Garriga ¡Oye!
 Polín ¿Y después? ¡Cuánta brillante deshonestidad en su bufete! ¡Qué lamentable manera de desperdiciar su talento!
 Garriga ¡Tenía que ganarme la vida! ¡Un derecho que algunos me discutían! Yo no tenía más que una camisa, la de ir por la calle a la caza del cliente.
 Polín ¡Valiente justificación! Si abandoné el Derecho es porque no quería ser lo que era usted.
 Garriga ¡Mientes! Por inepto es por lo que abandonaste tu carrera.
 Polín Esa profesión era incompatible con mis principios.
 Garriga ¿Y cuáles eran tus principios?
 Polín Pues...
 Garriga ¿A ver?
 Polín El propio San Agustín abominó de la abogacía. ¡Porra, y que toda la piel de toro está infestada de abogados! Y, en cambio, ¿Cuántos ingenieros? (*Mira triunfal sobre su tío*) Preguntas a cualquier viandante: “¿Cuál es su profesión?”, y te contesta: “Abogado”. “¿A que es usted español?” ¡Y no falla! Aquí se adoquinan las carreteras con abogados. Y se empiedran las vías con abogados. Y los bosques no son de madera, sino de abogados. Y de abogados están hechas las ciudades, y los pueblos, y las casas, y hasta los templos... ¡Abogados, abogados, abogados por todas partes! Se mete usted la mano en un bolsillo y saca un abogado. Se quita usted un zapato...
 Garriga (*Morado de indignación*) ¡Basta!
 Polín Los pajarracos sintomáticos de... (*Una bofetada de Garriga le cercena la frase. Se lleva una mano a la mejilla. Isolina va a abrazarle*)
 Garriga Esa oblea debí pegártela en vida. (*Se dirige al buró*) ¿Con que pajarracos? ¡Je! Economistas vendrán... (*Se sienta y reanuda la lectura, todo esto en penumbra*)

Surge BADIA, como llegado de una dimensión desconocida. Un foco le recoge del fondo y lo conduce hasta el proscenio. Se apaga la luz del canapé, notándose en el claroscuro los bultos abrazados de POLÍN e ISOLINA.

Badía (*A la sala*) Háganse cargo. Soy viudo, Isolina me gusta, y no he podido resistir la tentación de irrogarme el don de la ubicuidad, privilegio exclusivo de Dios y la fantasía. (*Señalando a Garriga*) Está empapándose de la vida íntima de mi hijo. Y es de temer que le dé risa lo que a mí me daría dolor. Tampoco es fácil que un ser tan apegado a la razón como Garriga, sea un buen juez de locuras juveniles, ni de ninguna clase. Por todo esto, he decidido participar, asumiendo el papel de Polín, en su reencuentro con Isolina, tal y como en el cuaderno se describe. (*Pone el calendario en la fecha 15 de Julio*) Nada hay que conforte más a un viejo que el amor de una muchacha. (*Levanta el embozo y se acuesta*) Por algo me llaman Fausto. (*Satanás se asoma por detrás de la cama con su reloj y lo pone a la hora que se indica*) Ya soy Polín. Son las doce menos diez y aún estoy en la cama.

Anoche estuve escribiendo hasta muy tarde. Una comedia ¿saben?
Una comedia que ni será estrenada ni será premiada. De pronto llaman a la puerta (*Suena la llamada*) ¿Quién es?

Voz de Isolina Soy yo, señorito.

Badía (*Badía se levanta, se coloca una bata sobre su ropa de calle, y hace que abre la puerta*) Pase, Isolina. Y no me llame señorito. (*Aparece Isolina*)

Isolina ¿Cómo he de llamarle? Usted es abogado, y yo sólo una sirvienta.

Badía Una chica encantadora. Y que tiene un nombre bellissimo. Un nombre de princesa.

Isolina (*Con gracejo*) ¡Madre mía! ¿Yo princesa? ¡Antes volarán los borricos!

Badía Usted tampoco es isleña.

Isolina No, señorito: soy de Baeza.

Badía ¡Oh, Baeza! “Baeza, pobre y señora”.

Isolina (*Digna*) Pobre, pero amucha honra, señorito.

Badía ¡Ya está bien de señorito, caramba!

Isolina ¡Cuántos quisieran que se lo llamaran!

Badía Ni a mí me importa que me lo llamen los demás.

Isolina Entonces, ¿prefiere don Policarpo?

Badía ¡Mucho menos! ¡Buena ocurrencia tuvo mi madre! (*En plan de Badía*)
¡Porque fue ella, leche! ¡Que Policarpo, y Policarpo, y Policarpo... y así estuvo machacándome nueve meses los oídos! (*Volviéndose a su papel de Polín*) Todos los hombres de su casa se habían llamado Policarpo. (*Isolina sonríe y sale. Garriga se vuelve desde el buró*)

Garriga ¿Y qué tiene de malo Policarpo?

Badía Nada. Pero reconozca usted que Policarpo sugiere el nombre de un hueso humano.

Garriga Puede que se lo sugiera a usted, que nunca me ha apreciado. (*Badía refunfuña*) ¡Y aún tendré que agradecerle que haya dicho humano!

Badía ¡Naturalmente!

Garriga (*Volviéndole la espalda*) ¡Bah! (*Isolina vuelve como empujando un carrito*)

Isolina ¿Dos terrones, Po... (*Se tapa la boca exagerando el espanto*)

Badía Poli. Ande, dígalo usted.

Isolina (*Sin apenas voz*) Poli.

BADIA, sin poderse contener, se abalanza sobre Isolina, y va a besarle las manos, y se las besa, y rueda por el suelo la taza de café.

Badía Isolina... ¡Isolina...! ¡Qué hermoso suena! Seguro que engendró tu linaje algún caballero de la Reconquista. (*Ella le escucha embelesada, y él besuquea todas las partes que va nombrando*) esas manos... Esa frente... Esa nariz... Esos ojos... Ese cuello... (*Ella, vencida por las caricias, se desmadeja suspirando. Badía no sabe qué hacer. Está nerviosísimo. Al fin se le ocurre esta memez*) ¡Je! ¿Sabes? Mi madre era de Talavera de la Reina.

Isolina ¿Era? (*Él afirma*) ¿Entonces, murió? (*Repite el gesto, poniendo muchísima tristeza*) ¡Oh!... ¡Pobrecico mío! (*Le acaricia el pelo, y Badía, sin poder aguantar más, la besa en la boca, después en el cuello, y se la lleva a la cama.— Se apaga esta luz y se enciende la del canapé, donde vemos a Isolina abrazada al retrato. Polín sale de la zona oscura y se dirige a su padre, que ya se ha quitado la bata*)

Polín Buen lote se ha dado usted en mi nombre.

Badía ¡Je!

Polín No puede decirse que ha perdido el tiempo. Sin embargo, no ha hecho usted más que representar una mentira, porque nada de eso sucedió.

Badía ¿Qué no sucedió? (*Llevando un brazo al olfato de Polín*) ¡Huele! (*E indicando el carmín en varios puntos de su cara*) ¡Y mira!

Polín (*A su tío, de mal talante*) ¡Y toda la culpa es suya! ¡Suya, sí! ¡Y no me mire con esos ojos de mochuelo! Ya le advertí que no confiara demasiado en las verdades de ese cuaderno. (*Garriga se pone de pie*) No todo ocurrió necesariamente.

Garriga Las cosas no siempre ocurren necesariamente. A veces ocurren sin necesidad.

Polín Deje de jugar a ingenioso. (*Y añade poco convincente*) Lo que usted ha leído es el borrón de un tema que pensaba desarrollar y poner en limpio tan pronto me curase... cuando creía de buena fe que me iba a curar. (*Vehemente*) ¡Ya que era imposible triunfar y ganar dinero escribiendo teatro de cámara, escribiría teatro de cama, que ese sí proporciona perras y renombre!

Garriga ¿Y dónde está tu teatro de cámara? (*Silencio*) Confiesa que ni siquiera lo has escrito. La vida te ha colocado en una situación, y tus gustos, tus sentimientos, e incluso tus temores, te inducen a otra. Eres un farsante, si bien involuntario.

Polín ¿Y no haría más daño a alguien descubriendo mi verdad, en el caso de que la hubiese?

Garriga (*Por la libreta*) Entonces, ¿qué es esto?

Polín Fantasías.

Garriga No puedo creerte.

Polín ¿No puede creerme? (*Garriga deniega*) Usted querría una verdad aliñada a su gusto, ¿no es cierto? (*Silencio*) ¿Tan pobre es usted que ni siquiera puede imaginar que los otros imaginan?

Garriga No. Es que he visto en tu cara indicios de mentira.

Polín Es usted de lo más desconfiado. ¡Je! Ya es trágico que una verdad se parezca a una mentira.

Garriga ¡No! ¡Que una mentira se parezca a una verdad! Pero a mí no me engañas. En este cuaderno has dejado escrita tu vida verdadera.

Polín En lo que cabe que sea verdadero lo imaginado. (*A Isolina, tomándola de una muñeca*) ¡Ven, Isolina! (*La lleva a la cama*) Créame, tío: las cosas sucedieron así. (*Se apaga la luz del canapé y se enciende la de la cama*)

Garriga (*Oponiéndose*) ¡Basta ya! ¡Este va a ser el cuento de nunca acabar! (*Se apaga la luz de la cama y se enciende la del canapé*)

Badía ¿Por qué se opone usted? Las cosas pudieron suceder como dice Polín.

Garriga Lo que dice Polín se sale de todo lo razonable. Lo que sucede es que usted desea otra escenita sicalíptica, porque usted, en primer lugar, no es más que un sicópata sensual, y en segundo...

Badía Pues yo, señor mío, ignoro en primer lugar qué es un sicópata sensual, y en segundo, no le entiendo a usted. (*Una pausita*) Insisto que, en unas circunstancias tan especiales, no debemos negarle a Polín la oportunidad de que nos cuente su vida. En todo esto hay un hecho evidente: la muerte de Polín. Y una realidad palpable: Isolina... o como se diga, que ha quedado preñada.

Garriga (*Sonriendo escéptico*) Pero... ¿preñada de Polín?

Badía Ojalá no fuese de él. Y eso es lo que hay que averiguar. (*Se queda pensativo*)

Garriga Si usted está pensando en un análisis de sangre, quíteselo de la cabeza. La ley no permite indagar la paternidad. (*Riendo, pillastrón*) ¡Si así fuera...!

Badía (*Coreándole*) ¡Je, je, je!

Garriga ¡Ju, ju, ju! (*Polín vuelve al canapé y se coloca detrás de Isolina*)

Isolina Son dos demonios

Polín Sí. (*Ella se le cuelga del cuello y llora*) Escúchame, querida... Van a tratar de hacerte todo el daño que puedan. ¡Y ellos pueden un rato! Pero no les hagas las cosas fáciles. Contra su egoísmo, tu energía, ¡nunca tu desamparo! Ni tu buena fe, ni tu dulzura... ¡Los sentimientos hermosos y nobles, son paredes demasiado flojas para resistir a los desalmados!

Isolina ¿Qué puedo esperar, entonces?

Polín De ellos, nada.

Isolina ¿No comprenderán?

Polín No.

Isolina (*Patéticamente*) En mi caso nada podía haber más amargo que no ser comprendida.

Polín Sí: ser despreciada.

Se apaga la luz del canapé y se enciende la de la mesa. Entre BADÍA y GARRIGA, una botella de coñac. Los viejos ríen. Parece que lo están pasando bien con sus chascarrillos.

Badía A mí siempre me ha gustado la mujer de las fábricas y los obradores, bravas hembras por lo general.

Garriga Tiene usted gustos plebeyos. No hay cosa mejor –desengáñese usted– que la mujer de la clase auxiliar administrativa.

Badía ¡Bah! La distinción, en la cama, es más bien un estorbo.

Garriga En la cama, como en la mesa, y en todas partes, nunca están de sobra los buenos modales.

Badía Lo importante es tratar con la hembra sin tener que valerse de pinzas.

Garriga La delicadeza siempre es una fuente de posibilidades.

Badía En las mollas es donde están las posibilidades a la hora de amar.

Garriga Se equivoca. Llegada la hora, las gordas carecen de flexibilidad.

Badía En el deporte, no le contradigo. En la cama se transfiguran. ¿Quiere usted comprobarlo?

Garriga ¡Dios me libre! (*Ríen*)

Se apaga la luz de la mesa y se enciende la del buró, donde se halla GARRIGA revisando carpetas. Vemos a SATANAS, desconcertado al tratar de poner en la hora su reloj; pero suenan cinco campanadas y SATANAS coloca en su sitio las saetas. GARRIGA se quita las antiparras, se las limpia, y luego enciende un cigarrillo.

Garriga Era un imaginativo. Por lo general, la clase de persona más equivocada. ¡Eso es lo que mi sobrino era! (*Volviéndose*) ¡Polín!

Polín (*Saliendo de la penumbra*) ¿Qué quiere ahora?

Garriga ¿Es cierto que te preparaste para unas oposiciones?

Polín Ya empieza usted a dudar de la veracidad de mi cuaderno. (*Garriga*)

gruñe) Sí, me preparé para unas oposiciones. Si es usted amigo del matiz, le diré que para tres.

Garriga Sí, soy amigo del matiz. Pero solo cuando vale la pena.

Polín *(Con los ojos perdidos)* Creo que nada vale la pena, si se considera lo tonta que es la vida. *(Arrancándose de súbito)* ¡Por qué tuvisteis que darme aquella estúpida carrerita!

Garriga Es verdad. Ahora sabemos que tu cerebro no estaba hecho para razonar, sino para divagar. En cada célula te bailaba un diablejo de tus abuelos por línea paterna, los moros.

Polín ¡Ya! ¡Buen servicio me hicieron ustedes entre moros y cristianos!

Garriga ¡Yo, no: tu padre! ¡Sólo tu padre!... Un revanchista impaciente, que se moría de ganas de restregarme por la cara un diploma de abogado, y decirme: “¿Ves? ¿Creías que sólo tú en el mundo eras abogado? ¡Pues, no! ¡Porque aquí tienes otro diploma! ¿Y sabes quién lo ha ganado? ¡Mi hijo! ¡Policarpo Badía! ¡Abogado! ¡El último de la orla... pero abogado! ¡Mi hijo! ¡Al que tendrás que tratar desde ahora con la consideración y respeto debidos! ¡De don! ¡Como yo tuve que tratarte cuando no me juzgabas bueno para tu hermana!” *(Se apoya en el buró, sin aliento)*

Polín *(Con los ojos clavados en tierra)* Sí; puede ser que mi padre me empujase a la carrera de Derecho por un mezquino deseo de revancha. Pero usted, tío, todavía estoy esperando unas pocas palabras de afecto o congratulación.

Garriga Yo no puedo congratularme por la aparición de un mal abogado que, para mayor desdicha mía, lleva mi sangre, por muy poca que sea.

Polín ¡Cuánto más le hubiera valido –nos hubiera valido a todos– un sencillo peritaje en la Escuela de Cerámica!

Garriga Sí. Tu padre, al menos, habría tenido asegurado quien le cociese los ladrillos. *(Polín asiente)* ¡Bien! ¿Por qué no me cuentas algo de tus oposiciones?... ¡Porque ahora me entero!

Polín Bueno... En realidad, no me presenté a ninguna oposición.

Garriga Cometiste la locura de dudar de ti mismo.

Polín Me conozco, y no podía hacer otra cosa. *(Badía le mide con la mirada)* ¡No crea usted que no lo sentí! Es muy triste no poder tomar parte en algo, y más triste aún cuando se ve a los otros salir triunfantes, e insoportable si esos otros son conocidos nuestros. *(Silencio. Garriga pasea a grandes trancos, mientras medita)*

Garriga Has odiado mucho a tu padre, ¿verdad? *(Polín se encoge de hombros)* Si es así, justo es que yo me someta a compartir con él tu odio. Tal vez, con estúpida ligereza, le inculqué la idea de que fueses abogado, y luego juez. Esto debió de suceder el día que tú rompiste a hablar cuatro palabras seguidas, y yo quise ver en ti el heredero de mi talento. Que ocupases el estrado que a mí me negó una simple circunstancia geográfica.

Polín ¡Bah! ¿Por qué no olvida sus viejas historias? No creo que sólo la geografía influyera en su destino. Y mire, si usted ha pecado, aunque se confiese, irá al infierno. *(Garriga aprueba con gruñidos)* escuche. La primera oposición para la que me preparé fue una a Inspectores de Hacienda. Bien porque estaba aturdido entonces por la muerte de mamá, o porque le tomé horror al cuestionario, lo cierto es que la dejé pasar. En el otoño del mismo año, esto es, hace ocho años, decidí prepararme para otra de abogados de Secciones Sociales Sindicales.

Garriga
Polín (Admirado) ¡Jolines!
Si, para abogados de esos. Pero soy un sentimental, querido tío. En esto no he salido ni a usted ni a mi padre. Me conozco, y no ignoraba mis limitaciones ni tampoco las grandes aptitudes de muchos compañeros, algunos de los cuales eran hijos de familia modesta, y no de padre rico, como yo. Pensando en ellos, renuncié a la oposición.

Garriga
Polín Eso no se lo cree ni Dios.
Aquel invierno mi padre me llamó a capítulo.

Se apaga la luz del buró y se enciende la de la mesa, que ahora figura el despacho de Badía. El calendario marca el 2 de febrero. BADÍA, sentado, amonesta a POLÍN, que está de pie.

Badía ... de mi sudor. Me he gastado en tus estudios un dineral, creyendo que hacía una buena inversión. Ahora veo claro que me equivoqué.

Polín ¡Dios mío! ¿Sólo pagó mis estudios por hacer una inversión? ¡Esto, que ya es vergonzoso dicho por un ministro, es monstruosos en boca de un padre!

Badía ¡Mira, nene, que si nos enfrentamos en serio con tu problema, vas a salir malparado!

Polín ¡Pero si yo nunca he tenido vocación de abogado!

Badía ¿Entonces, de qué?

Polín (Vacila) Creo que... de escritor.

Badía (Respinga) ¿De escritor?

Polín De... de poeta.

Badía (Botando) ¿Poeta?

Polín Poeta y... bueno... poeta lírico y dramático.

Badía ¡Dramático! ¡No estás hecho menudo dramático! (Dando una puñada en la mesa) ¡Tú eres abogado!

Polín Ni siquiera estoy colegiado.

Badía ¿Pues colégiate, puñeta!

Polín Y he olvidado la mitad de las cosas.

Badía (Aliviado) Si sólo es la mitad, aún puedes ejercer sin miedo a hacer el ridículo.

Polín ¡Nooo...! ¡No podría ser abogado!

Badía ¡Pero, leñe!, ¿es que son incompatibles las leyes con las letras?

Polín Para mí sería como encerrar juntos un gato y un perro.

Badía Un gato y un perro pueden ser muy buenos amigos.

Polín Y matarse también.

Badía (Se levanta y pasea un poco) ¡Bueno! Creo que aún tengo una salida para tus aptitudes. Me refiero a las físicas.

Polín ¿Piensa usted mandarme a la fábrica?

Badía Me hacen falta peones. (Polín se queda de una pieza) No creas que es fácil encontrar peones. (Polín está angustiado) Pero, ¿sabes qué es un peón? ¡Un burro!

Del fondo apenumbado de la escena se despega CARLOS MARX, y avanza, llevando muy erguida su gran cabeza de león. Dice, señalando el pecho de BADÍA con una gran pluma de ave:

Marx ¡Algún día tendremos en cuenta sus palabras!

Badía ¿Quién es usted? Nunca dejo que ningún extraño me grite en mi

propia casa.

Marx No piense que soy tan extraño. (*Badía se esfuerza en recordarle*) ¿Qué? ¿Me ha reconocido ya?

Badía El caso es que su cara me es familiar.

Marx Bueno, yo no diría tanto. Veamos: ¿por qué un peón es un burro?

Badía Yo no digo que lo sea.

Marx Se raja, ¿eh?

Badía Dije burro, por decir una...

Polín Una metáfora.

Marx Pues le salió un insulto, camarada.

Badía Menos compadreos, ¡eh? (*Se dirige a una puerta imaginaria*) ¿Conque un insulto? Va usted a ver. (*Figura que abre la puerta y aparecen dos obreros empujando una carretilla cargada de azulejos*)

Obrero Uno ¡Aug...! ¡Uff...! (*Parándose*) ¡Vida perra!

Jefe de Almacén ¡Aprisa! ¡Hay que cargar ese camión!

Obrero Dos ¿No le da vergüenza, arrear al prójimo como si fuésemos bestias?

Obrero Uno Es que lo somos, Paco, ¿No te das cuenta? Somos las bestias del desarrollo, ¡los burros! Porque el desarrollo desconfía de los demás animales, si exceptuamos a la oveja...

Badía (*A Marx*) ¿Oyó usted? (*Marx indica silencio y que atienda*)

Obrero Dos Es natural. Hasta hoy, todos los sistemas conocidos se han basado, más que en el poder de unos pocos, en la existencia masiva de los asnos.

Jefe de Almacén ¡Eso es demagogia!

Obrero dos ¡Caramba, qué cosa más distinguida!

Obrero Uno Yo, señor Jerique, no sé qué es eso; pero me figuro que tiene que ser una cosa muy mala de los de arriba, porque, de lo contrario, a usted no le hubiera parecido mal.

Jefe de Almacén ¡Oiga!

Obrero Uno ¡Usted es que ha de oírme! Trabajamos como burros toda la vida. (*Empujando la carretilla*) ¿Y para qué? Para que engorden estos...

Obrero Dos Marranos.

Obrero Uno ... mientras nosotros nos morimos de asco en la vejez, con una pensión de...

Obrero Dos De mierda.

Obrero Uno ... Si es que llegamos a la vejez. (*Desaparecen*)

Marx (*Bastante asombrado*) ¡Vaya!... Ya se ve que hay libertad.

Badía ¿Siempre la ha habido! (*Cierra la imaginaria puerta*) Es Juan García, todo lengua, y Paco Pérez, todo bilis. En el fondo, dos muchachos inofensivos. No les despediré, descuide. (*A Polín*) ¿Quieres ser otro Julián García, o Paco Pérez?

Polín Sabe usted que soy alérgico al humo.

Marx (*A Polín*) ¿Es que tienes algún problema con este señor?

Badía Quiere ser escritor. Y yo soy su padre.

Polín Y se opone.

Marx ¿Y piensa que obra mal? (*Silencio*) ¿Qué eres?

Polín Abogadín. Menos que abogado.

Marx ¿Y por esa razón te refugias en la literatura? (*Silencio*) Mira, camarada, lo que sobran son escritores..., lo cual no remedia la falta de buenos.

Polín ¡Claro! Con esto de la censura...

Marx ¡Falso!

Polín ... Sobre todo, la de ustedes, los de más allá del telón; una censura obtusa y berroqueña.

Marx ¡Je! ¿Creéis que, liquidada la censura, van a brotar como hongos los buenos escritores? ¡Esa es una burda coartada de...

Polín *(Cortándole)* Bueno, yo digo lo que dicen.

Marx Se dicen muchas bobadas. *(Polín refunfuña)* ¿Y cuál campo literario cultivas con preferencia?

Badía *(Desdeñoso, metiendo baza)* ¡Dramático, o qué sé yo!

Marx ¿Se refiere a autor dramático? *(Polín asiente y saca del bolsillo un cuaderno escolar)* ¿Una obra? *(Polín afirma)* ¿Estrenada? *(Ahora deniega)* ¿Leída en el Ateneo? *(Deniega)* ¿Entonces...?

Polín No hay público que consuma nuestros productos.

Marx ¿Tan abominables son? *(Polín se encoge de hombros)* ¿Y no se te ha ocurrido tampoco presentarla a un concurso?

Polín ¡Jamás! Ya lo hice una vez, y Dios me libre de esa angustia. *(Se guarda el drama)*

Marx No tienes madera de luchador.

Badía De alcorcoque es de lo que tiene madera.

Polín *(Crispando las manos)* ¡Padre...!

Marx Bueno. Y una vez decidida tu vocación, ¿por qué no te dejas la barba? E ha demostrado que el don de crear opera en función del crecimiento de los pelos. *(Polín gruñe)* ¿Me ves a mí?

Polín Sí; tiene usted el aspecto de un actor creador, de uno de esos puntilleros del escritor dramático. *(Marx ríe por lo bajo, divertido)* Pero, usted, ¿sabe lo que ha creado? ¡Debiera avergonzarse!

Badía ¿Quién es?

Marx Carlos Marx

Badía *(A Polín)* ¿Quién?

Polín Nadie, papá; un reaccionario.

Marx Celebro verme superado. Pasaron los tiempos en que me señalaban como “el gran asesino de la democracia”. Sin embargo, doy por supuesto que, como espíritu elevado, sentirás más que otros el quejido doliente de la humanidad.

Polín ¡Psh...!

Marx ¿Cómo que psh...? ¿Es que eres sordo al dolor de tus hermanos? *(Polín se encoge de hombros)* ¿No te indignas ante la vergonzosa amenaza de la sota de bastos? *(Idem)* ¿No te aflige la injusticia que sufren los negros de USA y de Sudáfrica? *(Idem)* ¿No te abochorna la guerra chinorusoamericanovietnamita? *(Idem)* ¿Arabeisraelí? *(Idem)* ¿El conflicto sectario de Irlanda del Norte?

Polín ¡No! No me aflige nada de eso, ni me irrita, ni me abochorna, ni nada... Y escúcheme usted bien: sé positivamente que el término de esas guerras condenaría al cajón a muchas obras dramáticas y a muchos proyectos de improvisación escénica.

Marx ¡Vaya! ¿Y dices que quieres ser escritor?

Polín Ajá.

Marx Pues eres demasiado frívolo para eso. Nadie confiaría en un artista que carece de ideologías

Badía Ni de un abogado que quiere ser poeta. ¡Este hijo no sirve para nada! *(Polín va a esconderse para llorar).*

Marx Creo que le ha herido usted.

Badía Quisiera que fuese el mejor.
Ser tachado de inútil es lo último que puede escuchar un hombre. *(Badía gruñe)* Usted le juzga equivocadamente. Sólo es un caso de

inmadurez, uno de tantos. Si observa el comportamiento de su hijo, advertirá síntomas de inestabilidad, angustia, inseguridad... y una candidez descorazonadora.

Polín *(Volviéndose, descorazonado)* ¿Dios mío! Si esto es verdad, ¿qué será de mí? *(Después de un intenso silencio)* ¡Bueno! ¡Si carezco de ideologías, tanto mejor! ¡Ya no sabe uno qué son ideologías! ¡Al cuerno! ¿Qué me importan a mí las manipulaciones malvadas de los políticos y los ambiciosos? ¿Ni las elucubraciones de filósofos hepáticos? ¿Qué me importa la fórmula del barro de los ladrillos de mi padre? ¿Ni la ley hipotecaria de mi tío? Soy liberal y dejo pensar a los demás. ¡Pero quiero paz! ¡Y que respeten mi paz!! *(Le sale espumilla por la boca)*

Marx O sea, el chico quiere que le dejen tranquilo. Aquí está el intrígulis de su tolerancia. ¡Tolerancia!... ¡Je! Un egoísmo disfrazado de comprensión por las ideas del prójimo. *(Alejándose)* La tolerancia es una actitud que, si en un principio parece buena, deja de serlo pronto si se reflexiona; porque lo positivo, en cualquier campo de la vida, es imponer a los demás las propias ideas... que siempre son las mejores, por supuesto.

Se apaga la luz de la mesa, poniendo fin a esta escena retrospectiva. Se enciende la de la escribanía. El calendario, vuelve a marcar el 15 de diciembre. POLÍN y GARRIGA.

Polín ... Y con esta moral empecé a preparar mi tercera oposición: cincuenta plazas para el cuerpo de policía, y dos mil quinientos opositores. No obstante, yo estaba ilusionado. Ya me veía vestido con gorra y macferlán, una pipa y una lupa. *(Se ha colocado estas prendas, hace que se mira a un espejo, no le gusta, se las quita, y se pone otras)* No, no... Mejor con un flexible bien atascado, una "Lugher" y una linterna sorda. *(Se pone otra vez ante el espejo, sonríe, hace unas muecas, mima un detective americano, y, finalmente, llama a su imagen)* ¡Agente Badía! ¡Je! Suena bien, caramba. Mejor sonará si digo inspector. Voy a probar. *(Levantando un poco más la voz)* ¡Inspector Badía! *(Gratamente sorprendido)* ¡Caracoles! *(A Garriga, ya en tono de relato)* Sonaba bien inspector, sabía bien, estaba bueno, y yo lo paladeaba. Entonces decidí ascenderme —¿qué me costaba?—, y me acerqué otra vez al espejo, tres cuartos de perfil. *(La luz del foco se centra ahora en la figura de Polín, detrás de la cual aparece Badía, que se queda mirándole)* ¡Estaba guapo de verdad! *(Se agacha el ala del sombrero)* ¡Comisario Badía! *(Más alto)* ¡¡Comisario Badía!!

Badía ¡¡Botarate!!

A POLÍN se le cae el pitillo de los labios, y cuando se inclina a recogerlo, le rueda el sombrero. A BADÍA se le cuadra la boca en una sonrisa de moro cruel. POLÍN se agacha y recupera el sombrero. Muy azorado, le entrega a su padre el cigarrillo.

Polín Yo no fumaba...

O S C U R O

(Y un descanso, si lo cree conveniente el Director)

1 de 38/87
páginas